

La Competencia por Lucrar como Motor del Capitalismo



• Por Sergio Micco

El problema

El problema dice así: El capitalismo es búsqueda del lucro; éste es groseramente egoísta y materialista; luego, hay que acabar con el capitalismo. Los defensores de éste responden aduciendo que todo ser humano busca su propio interés, que la competencia fortifica los espíritus y que el lucro así alcanzado ha sido fuente de enorme prosperidad material. Tras la conversión de la URSS y China, el debate pareciera ya no tener sentido. Sin embargo, de hecho, continuamos discutiendo, cada vez más acaloradamente. En el centro ético de este debate está justamente el afán de lucro, condenado desde la antigüedad como codicia, pecado capital. Los teólogos cristianos medievales sentenciaron: "El dinero es un ídolo, de ahí su poder". Diré que

son malas formas de defender el capitalismo el reducirlo a la búsqueda del propio interés; el alegar que esto no nos debe escandalizar pues es propio de nuestra condición el ser utilitario y que, en particular, el interés es alcanzar el lucro que genera prosperidad para todos. Por cierto, la peor forma de promoverlo es proclamar a viva voz las bondades de la competencia para luego, en privado, suprimirla. Pero de esto último no hablaremos aquí.

El contexto de este texto

El capitalismo, tras el 9 de noviembre de 1989, parece goberarnos. Su hegemonía es formidable, pero no incontestable. No me refiero al debate propiamente económico

entre distintos modos de aplicarlo: a la alemana, anglosajona o asiática. Hablo de un cierto malestar más profundo que corroe las raíces de esta economía triunfante. No sólo se trata de criticar la dureza de la competencia económica y de lo desigual que es la distribución de la renta que ésta genera. La crítica se esparce más lejos y se ahonda más profundamente. Las preguntas críticas surgen a borbotones: ¿La mercantilización de todo, incluso del propio cuerpo, es aceptable? ¿El individualismo posesivo no destruye la comunidad, incluida la familia? ¿El daño ecológico no amenaza con la propia sobrevivencia humana? ¿No es evidente que hay algo de deshumanizador en el vivir obsesionados por el beneficio económico? A partir de la crisis financiera de 2008, el malestar se extendió por el mundo. Éste llegó a nuestras costas. En 2011, las protestas se sucedieron en Chile. Una de sus consignas más voceadas era el fin al lucro. En 2015, la consigna se hizo realidad en los colegios particular subvencionados y se hizo norma inescapable en la educación universitaria. Las AFP, las Isapres y las concesiones privadas de autopistas, cárceles y hospitales son sentadas en el banquillo de los acusados. Es el fin del “modelo”, según algunos.

El tema no es nada de nuevo; es tan viejo como nuestra cultura. Profetas del Antiguo Testamento, griegos como Aristóteles y romanos como Séneca se desvelaron más de una vez preguntándose: ¿Amar a Dios o al dinero? ¿Por qué el Dios del Sinaí fue vencido por el Mammón de los filisteos? ¿Cómo evitar que los gobernantes abusen de su poder para acumular riquezas, corrompiéndose ellos y la república? ¿Por qué la crematística, es decir, el acumular dinero por dinero, estaba tan presente en el corazón de los griegos, pese a que es tan antinatural pues no produce nada nuevo? ¿Por qué si alaban tanto la austeridad, le causa tanto gozo a filósofos eminentes el ser muy ricos? Sus respuestas siguen inquietándonos y apuntan al corazón del capitalismo actual. Así lo pensó un joven economista de Cambridge.

Keynes y el lucro

John Maynard Keynes nace bajo el predominio indisputado del liberalismo económico. El poder del capitalismo fue avasallador durante el siglo XIX. Pero a principios del siglo XX fue desafiado mortalmente. Primero por el comunismo, luego por el nacionalsocialismo. En octubre de 1917, un pequeño hombre llamado Lenin dirige la revolución rusa y su ejemplo se extiende

peligrosamente. Quien es llamado por sus admiradores “maestro de la vida, agitador de conciencias y despertador de almas dormidas”, moviliza a la clase obrera en Alemania, Austria, España e Italia. Se vive el bienio rojo. Keynes, quien es un liberal, recoge el guante y parte a la naciente Unión Soviética en septiembre del año 1925. Allí no descubre ni un sistema económico ni un régimen político determinado. Tardarán muchos años para que se consoliden los pilares del socialismo real: Economía centralmente planificada, régimen de partido único e imperialismo soviético. Lo que Keynes observa es que el comunismo es en esencia un credo cuasi religioso: el deseo de trabajar por la comunidad. Cuando vuelve a Inglaterra proclama que hay que dar fin al *laissez faire*. Éste ha construido un sistema fundado en el individualismo, sin espíritu público y donde todos aspiran a llegar “arriba”. El sistema capitalista está carcomido desde sus bases y será derrotado si no se transforma.

Keynes propuso que la tarea primera y esencial era distribuir de mejor forma la prosperidad económica. Esto suponía un cambio económico que conocemos bien: políticas fiscal y monetaria activas que generaran pleno empleo. Así se evitarían las miserias extremas y las depresiones económicas prolongadas que fueron caldo de cultivo del nacionalsocialismo. Tras 1945, el fascismo fue derrotado y el comunismo contenido. Keynes fue venerado. Pero la crítica central que hizo al capitalismo no fue económica, fue moral. Para él, el capitalismo era un sistema económico competitivo cuyo motor era el lucro. De lo que se trataba era de obtener un beneficio económico; especialmente el más abstracto de todos: el dinero. Así de claro. Para Keynes, si se comparaba este espíritu con el del comunismo, no había dudas de quién resultaría vencedor. El individualismo posesivo y el lucro desmedido siempre han tenido mala prensa. Por lo pronto, Keynes no consideraba digno de alabanza el vivir agobiado en el competir para vencer y lucrarse. Este es sólo un medio transitorio para buscar alcanzar la felicidad. El capitalismo era un medio poderoso para crear riqueza, pero no para distribuirla y mucho menos para darle sentido a la vida. Por eso Keynes divagó con la superación del capitalismo. En 1920 sostuvo que en tres generaciones más, el mundo sería entre cuatro y ocho veces más rico. Acertó nuevamente. Escribió que le gustaría que en ese mundo sus nietos pudieran vivir de sus rentas, para gozar de salud, amor y amistad, experiencias estéticas bellas y búsqueda intelectual y espiritual de la verdad. Por fin libres de la búsqueda

del lucro. Sin embargo, Keynes, uno de los salvadores más insignes del capitalismo democrático, erró en su especulación. Quizás porque redujo el capitalismo a la competencia por quién lucraba más.

Marx, Engels y la teología medieval

Hoy, una parte muy importante de las nuevas generaciones emprendedoras se encuentran abocadas a generar riqueza. Lo observamos desde Gran Bretaña a Sudáfrica, desde Silicon Valley de San Francisco hasta Bangalore en la India, pasando por Zhongguancun de Beijín. Del consumismo y del materialismo presentes en el ambiente no es necesario hablar. Basta pensar en nuestro período navideño recién pasado o en las noticias que giran entre nuestros líderes deportivos. De colusiones y financiamiento de la política mejor es no hablar. Si volvieran a vivir Karl Marx y Friedrich Engels, descubrirían con horror que la burguesía sigue gobernando con su filosofía de vida en que todo lo sagrado es profanado, el fervor religioso y el entusiasmo caballeresco mueren ahogados en las heladas aguas del cálculo egoísta y que no hay otro vínculo que no sea el frío interés, el cruel “pago al contado”. Razones de este triunfo del interés individual y del material hay muchas. Pero ni tanto interés ni tan individual como veremos.

Keynes habló, a propósito del comunismo, de una fe o credo. Del marxismo se dijo que era una religión secular dotada de un mesías y de un paraíso al cual retornar. Entonces no es un despropósito recordar una explicación teológica de un pecado capital como es la codicia. Humberto Giannini nos enseñó que ésta consiste en la avidez inmoderada de adquirir más y más, atiborrando el granero. En particular, la codicia por el dinero inquieta. Este no es más que un papel bellamente diseñado o una moderna tarjeta plástica. Teólogos cristianos de la Edad Media vieron en la avidez por el dinero una verdadera idolatría. Éste es un poderoso genio que se puede transformar en casi cualquier cosa. El dinero no sólo se puede convertir en una gran casa, un poderoso auto o en unas vacaciones doradas. También puede devenir, por arte de magia, en una bella mujer o en un apuesto varón que misteriosamente nos pasan a desear. También el dinero puede transformarse en un prestigioso título académico, en un escaño parlamentario, en la Presidencia de la República o en un monumental edificio que inmortalice a su benefactor e incluso en la eternidad de quien pague las indulgencias eclesiásticas del caso. No es raro entonces el afán inmoderado por la riqueza. ¿Sin

embargo, no podríamos mirar al lucro con otros ojos?

Interés, lucro y capitalismo no son lo mismo (aunque se parecen)

Hay veces en las que un mar de confusiones se diluye con una gota de precisión. Quien no distingue, se confunde y al confundirse no comprende. En este caso, algunos, motivados por defender el capitalismo y el lucro, mal favor le hacen. El interés no puede reducirse a lo material, ni la motivación de todo empresario a la búsqueda del solo y propio beneficio, mucho menos el económico. Y no todo beneficio es individual, si es que existe tal cosa. Veamos.

Lo primero es definir de qué estamos hablando. No falta el profesor de Economía que sostiene que toda acción humana está motivada por el interés. Observa con ironía que incluso el más santo de los santos está dominado por un motivo interesado: alcanzar la salvación eterna. Así buscan legitimar la economía como ciencia basada en el utilitarismo, en el propio beneficio. De ahí el fracaso del socialismo. Concluyen que todo empresario busca lucrar, sin que ello pueda llamar a escándalo a nadie. Pero ¿qué es interés? Pues si entendemos que interés es lo que nos motiva, entonces es una tautología afirmar que todos somos personas interesadas. Para actuar hay que estar motivado. Pero además es evidente que las motivaciones son variadas. Un padre puede morir defendiendo la vida de su hijo, por interés de que siga viviendo. Otra cosa muy distinta es entender por interés el propio beneficio material. Esto es lo que hacen quienes defienden el capitalismo, al proclamar que todos nos movemos por el interés, y confundir el interés con el beneficio monetario. Si éste fuese un error de lógica, pase; pero sus consecuencias van mucho más allá. Como lo vio Keynes, tal defensa del capitalismo nos conduce a su derrota.

Se hace un mal favor al intentar legitimar el capitalismo defendiendo sólo el interés, sobre todo cuando se confunde con el lucro monetario. Como lo vio Adam Smith, el padre de la economía capitalista, el ser humano tiene sentimientos morales. Uno de ellos es la empatía con quien sufre. Ver llorar a un bebé abandonado y no protegerlo no sólo es antiético, también es antiestético e inhumano. Además, la opinión de los demás es central para un animal tan social como somos las personas. Adquirir la fama de egoístas no es buena cosa. Keynes vio muy claramente que una persona dedicada a ganar dinero, beneficiándose a toda costa, por mucho que lo haga respetando



las leyes y su propia conciencia, no ganará jamás el premio al mejor vecino. Nadie concurrirá gozoso a hacer negocios con quien tiene fama de ser un despiadado egoísta o un codicioso irredento. Reducir la economía moderna al simple lucrar es una tontería que mala fama le da al capitalismo. Del mismo modo que acusar a todo interés de egoísmo es dar armas al enemigo capitalista, pues es obvio que todos deseamos vivir mejor y que la más estricta de las religiones sostiene que quien no se ama a sí mismo, mal podrá amar a los demás, pues nadie puede dar lo que no tiene. Finalmente, todo capitalista sabe, de no mediar grave enfermedad mental o vicio moral, que la vida no tiene por único sentido el ganar dinero.

El problema de reducir el capitalismo a la búsqueda del lucro es aceptar que todos los capitalistas buscan lo mismo y que además no cambian en su vida. Esto es bastante difícil de tragar. Todo político busca el poder; claro, por eso es político. Pero los métodos que utiliza y los fines que busca hacen toda la diferencia. Lo mismo podemos decir de los empresarios. Agreguemos que es una obviedad ver cómo las culturas y las edades van mutando nuestros intereses. Tengo un amigo al que, de adolescente, sólo lo movía el sexo; al llegar a la madurez buscaba ganar fama, poder y dinero; ahora que está viejo cada vez más concurre a la parroquia de su barrio.

El capitalismo no es pura competencia e interés particular. Quien observa un mercado o cómo funciona una empresa sabe muy bien que la competencia por quién vende más se apoya en un mar de cooperación. Sin leyes que lo regulen, el mercado puede convertirse en una plaza en donde codiciosos piratas eliminan a sus competidores mediante la espada, o se coluden unos con otros y dañan a la comunidad. Elementos como las reglas comunes, las costumbres compartidas y el lenguaje heredado hacen posible la competencia local, nacional y, ahora, global. Sigamos con las críticas.

Por un momento, partamos de la base de que es cierto que el empresario compite siempre buscando su interés particular. Muy bien, ¿pero qué tan individual puede ser su interés? Porque la

cuestión es que el interés es un inter-esse. Esta expresión latina alude justamente a que lo que nos interesa es aquello que está en el medio de la comunidad, entre todos sus miembros. Así, está en el interés del empresario que el interés de sus trabajadores esté mínimamente satisfecho. Está en el interés del propietario el que sus clientes, proveedores, comunidad inmediata y medioambiente estén debidamente atendidos. ¿Esto es egoísmo o altruismo?

Reflexión final

Lo afirmado en esta columna puede ser acusado de pura ingenuidad. No nos engañemos: La verdad es que ser capitalista es competir para hacerse rico. Sin embargo, no creo que sea sólo un juicio normativo o expresión de buenos deseos el señalar que los empresarios de hoy saben cada vez mejor que si no agregan valores distintos al propio lucro, se exponen a graves perjuicios, económicos entre otros. Por cierto, de todo hay en la viña del Señor. Coincidamos además con otra cosa: El capitalista que está sólo motivado por su propio interés material podrá lucrar mucho, pero su fama no será muy buena y los pasos de la mayoría de ellos normalmente serán cortos. Y para qué hablar del capitalista mañoso que escribe con la mano y borra con el codo la palabra competencia. Si esto lo hemos aprendido de la actual crisis, bendita sea.

SOBRE EL AUTOR



Sergio Micco

Abogado, máster en Ciencia Política Doctor en Filosofía.

Profesor del Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile